Nostalgias ©

Osvaldo Fernandez

Capítulo 1

Nostalgias ©

Cuando a Abelardo le invadía la nostalgia, con la misma rutina y confiabilidad con la que el sol salía cada mañana, sus pensamientos invariablemente lo llevaban a pensar en Catalina. Recordaba con detalle su primer encuentro. Ella se desempeñaba como secretaria en el negocio del padre de Abelardo. Fue allí donde la vio por primera vez, sentada detrás de su escritorio. Lucía una blusa oscura, de escote no muy pronunciado, que dejaba entrever una pequeña parte del nacimiento de sus senos, y unos pantalones, también oscuros, que acentuaban su esbelta figura. Los ojos verdes, y su cabellera oscura contrastaban con la amplia sonrisa que regalaba alegremente a los clientes que la abordaban con múltiples preguntas, las cuales ella respondía con gran precisión.

Se encontraba embelesado admirando a Catalina y sus destrezas de secretaria, cuando Milagros, una empleada que llevaba muchos años en la compañía, y a quien su padre usualmente le encargaba la misión de "ocuparse" de Abelardo manteniéndolo entretenido cuando éste lo esperaba durante una de sus visitas a la oficina, le tomó de la mano. Estaba acostumbrado a esa rutina. Lo que le inquietó en esta ocasión fue que se dirigió, con él de la mano, directamente hasta donde se encontraba la secretaria. Una vez se encontraban frente a ella, la mujer se inclinó sobre el escritorio, al tiempo que le decía: "Catalina, mira, éste es Abelardo, el hijo de Don Rogelio, el jefe. Trátalo bien, es un chico muy guapo"—y en tono de lisonja agregó—"Si no fuera por mi edad, lo más seguro que yo ya fuera su novia".

El comentario pareció divertirles, pues ambas rieron casi simultáneamente. A él, en cambio, no le pareció tan divertido en aquel momento. Entre tanta lisonja, temía, podría esconderse alguna broma cruel para reírse a costa suya. Parado ante las dos mujeres, como una pieza de exhibición ridícula en su uniforme escolar, de hecho, ya se sentía lo suficientemente incómodo, como para querer escaparse de la situación, y su mente empezaba a buscar excusas para ir a la oficina de su padre. Ella pareció advertirlo instantáneamente, pues de inmediato le regaló una de sus sonrisas que lo llenó de una alegría inexplicable haciéndole olvidar de un golpe todas sus angustias. Le complació el hecho de que Catalina inició inmediatamente una conversación amena con él, disminuyendo así la tensión y transmitiendo la sensación de que le agradaba conocerlo y lo tomaba en serio. A los pocos minutos le parecía que, genuinamente, ella disfrutaba de su compañía.

Desde entonces, al transcurrir algunas semanas, a pesar de que a Abelardo su cercanía le producía una especie de mezcla de atracción y de temor incontrolable, no perdía oportunidad ni pretexto alguno para visitarla. Sentía ser presa de una fuerza gravitacional inexplicable, a la que no podía resistirse, que lo dirigía indefectiblemente hacia ella. Durante sus primeras visitas, en las que aventuró a dirigirse solo a su oficina, cada vez que Catalina le miraba directamente a los ojos, él temía que de alguna manera podría delatar prematuramente sus verdaderos sentimientos arruinando la oportunidad de verla de nuevo. En ocasiones Abelardo mantuvo la sospecha de que ella había notado, ya sea por intuición femenina, o porque la inyección de color en su rostro lo traicionaba, que se sentía atraído.

Guardaba la esperanza de que algún día podría hacer acopio de suficiente valor como para declararle su amor, o al menos convidarla a compartir algún momento a ir a la cafetería de la empresa, sin la interrupción de llamadas telefónicas, clientes o colegas de oficina, que con frecuencia interrumpían los contados momentos en que disfrutaba de su compañía, donde pudiera contarle de sus recientes logros en la escuela y las películas que disfrutaba ver. Ese día llegó un 14 de Febrero.

Después de debatir consigo mismo por largas horas y días sobre cuál sería la forma más apropiada para manifestarle sus sentimientos, llegó a una decisión. Venciendo sus temores se propuso el regalarle una rosa en el día de los enamorados. Ese día compró una rosa, una tarjeta, escribió una dedicatoria en donde expresaba la profundidad de sus sentimientos y dibujó una figurita con dos corazones juntos. Satisfecho con sus logros, se dirigió hacia la oficina. Ignoraba que el destino se había interpuesto ante sus planes. Al llegar se sorprendió al ver que, detrás del escritorio donde esperaba verla, se encontraba sentada otra persona en su lugar. Fue entonces cuando se enteró por medio de Milagros que Catalina había renunciado al trabajo, y que probablemente se encontraba en camino a su destino en algún lugar del Caribe para disfrutar de su luna de miel. Catalina se había casado. Le dio una excusa tonta a Milagros, quien le preguntó sobre la rosa, diciéndole que la había obtenido en el colegio, donde les dieron una a todos los chicos para regalársela a su mamá.

Abelardo se sintió aturdido de repente, y una sensación de vacío que parecía arrancarle las entrañas empezó a palpitar con vida propia en el mismo centro de su pecho acelerando su corazón, mientras una creciente palidez y frialdad se apoderaba de todo su cuerpo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para evitar que las lágrimas brotaran a borbotones, empujándole a llorar desenfrenadamente. Se excusó ante Milagros y se dirigió rápidamente al baño, donde tiró en un cesto de papeles la rosa junto a la nota dedicatoria que había escrito, y se encerró por varios minutos a llorar amargamente, sin poder decidir si odiaba a Catalina o la amaba aún más. Rodeado de su soledad en aquel cubículo, Abelardo dio rienda suelta a su pena, mientras pujaba entre lágrimas, retorcido de

dolor, para despojarse de las diarreas que lo habían atacado ferozmente.

Cuarenta años más tarde, Abelardo retrocedía en sus recuerdos para nuevamente verse de pie, frente al escritorio de Catalina en espera de su sonrisa. Se veía de nuevo con sus doce años en su haber y el corazón palpitando como el de un potro desbocado. Ella tendría entonces unos veinte y dos, y se encontraba lo suficientemente cerca, como en el día en que la saludó por primera vez. Imaginó tocar su mano nuevamente, esta vez con una delicada caricia. Nunca se atrevió a hacerlo, ahogado por el temor al rechazo. La ilusión de un mozalbete de doce años transformaba el escritorio de Catalina en una especie de castillo inexpugnable que tendría que superar. Debía encontrar algún día el arrojo en sus adentros para salir victorioso . Mientras tanto, él se limitaba a rondar por sus alrededores, enviándole mensajes enigmáticos con su mirada, que no sabía nunca con certeza si ella los captaba o intentando maravillarla con sus logros infantiles, capturando cada vez el brillo de sus ojos o el encanto de su sonrisa, que interpretaba como una devolución descifrada del enigma que él le había enviado.

Cargado con la experiencia de los años, Abelardo a veces reía dentro de sí con una dulce amargura, sorprendido por su propia candidez de entonces, agradeciendo a Catalina el haberle permitido amarla en silencio sin humillarlo, convencido de que no hay amores imposibles, y que el arriesgarse en el amor casi siempre tiene algo que ver con pasar por tonto.